

CRONICA DE LA FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO DE 1981

Hoy, día 30 de mayo, y como viene siendo costumbre a lo largo de algunos años, nos reunimos los amigos de la Ciudad Católica para conmemorar la fiesta de San Fernando.

En primer lugar asistimos a la Santa Misa que se celebra en la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, sita en la calle de San Bernardo, y oficiada por monjes benedictinos. Celebra la misa el padre Francisco Sánchez, quien en su breve homilía, partiendo de las palabras de Jesús leídas en el Evangelio: «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra», y de las que antes, en el salmo responsorial, se habían recitado: «Dios es el rey del mundo», afirmó que Dios es el Señor, el dueño absoluto y supremo del universo, autor principal de todo lo bueno que hay en el mundo, rey de reyes y de todos los que tienen autoridad, que «juzgará con todo rigor a los que sobre otros tienen mando» (Sab, 6,6). ¡Cuánto más a los que gobiernan las naciones! Alabó que, para obrar con más sana libertad y más justa imparcialidad, se hayan impuesto voluntariamente los dirigentes de la Ciudad Católica, la obligación de no intervenir en la política activa. Y dirigiéndose a la concurrencia, le pidió mirase con benevolencia a nuestra asociación y la ayudase con oraciones al Señor, acompañándolas de vida cristiana práctica.

A la salida, los asistentes se saludan y conversan en medio de un ambiente de alegría, ambiente que se continúa minutos más tarde en el salón de la cafetería Manila, donde nos congregamos alrededor de 100 personas.

A los postres, Miguel Ayuso nos presenta a los oradores. Antes de que éstos hagan uso de la palabra, don Jerónimo Cerdá Bañuls nos anuncia el sitio donde habrá de celebrarse la próxima reunión de amigos de la Ciudad Católica. Reunión a la que invita a todos los presentes y que tendrá lugar, D. m., en Benicassim durante los días 10, 11 y 12 de octubre.

Es Leonor Vegas-Latapié quien comienza el turno de oradores, resaltando la necesidad de recuperar y restablecer la civilización cristiana teniendo como modelo a San Fernando, que no buscó su gloria —como él mismo dijo— sino el aumento de la fe católica y la religión cristiana.

Nuestra lucha —dice— debe ir encaminada a combatir las ideas de la revolución, para lo que es indispensable una sólida formación.

A ejemplo de nuestro santo patrón —finaliza— nuestra acción ha de tener una visión trascendente y sobrenatural.

Javier Urcelay toma seguidamente la palabra hablándonos de las características de la depresión espiritual en que hoy día nos hallamos inmersos, y considera que «en la base del drama de nuestro tiempo hay un problema teológico, un problema de índole espiritual...».

El hombre ha caído de nuevo en la tentación de querer ser como Dios. Y los resultados no se han hecho esperar: terrorismo, inseguridad, manipulación sociológica...

La crisis que ahora padecemos es «la crisis del espíritu, la crisis de ese conjunto de principios morales que levantaron desde las ruinas del imperio romano el templo de la civilización cristiana...». Y es que «... no hay civilización sin un cuadro de unanimidades, de creencias comunes».

Por todo ello, el mundo camina hacia «la dictadura comunista o la desintegración de la sociedad por el desorden y la licenciosidad».

Tras hacer una semblanza de la vida del «santo rey» que fuera Fernando III, Javier Urcelay nos recuerda cómo aquél debe ser el modelo de los políticos católicos y de todas aquellas personas que quieran entender la política como algo más que una mera actividad humana. De San Fernando podemos aprender a armonizar la inteligencia y la acción, a preparar con estudio y reflexión las acciones, a valorar la importancia de la estrategia teniendo siempre objetivos claros. Podemos aprender del San Fernando caudillo militar, el realismo y el heroísmo como virtudes castrenses necesarias. Podemos, en fin, aprender a aprovechar las propias oportunidades.

Frente al cambio profundo que se ha operado en la sociedad en tan pocos años, es necesario pasar a la acción con una estrategia de defensa y de conquista. «Y actuar como si de nuestra habilidad y destreza dependiera el triunfo.» Luchar sabiendo que el mejor triunfo del cristiano es la Cruz de Cristo.

Termina Javier con una nota de aliento a la esperanza, recordándonos cómo en otras ocasiones Dios ha dado el triunfo a los que luchan por su causa.

Cierra el acto Francisco José Fernández de la Cigofña, que inicia su plática con una simpática introducción conmemorativa de nuestras anteriores reuniones anuales en la festividad de San Fernando. De este Santo Rey, nos dice que «fue santo y caballero. Hoy no está de moda ni lo uno ni lo otro. Y así nos va»; pues: «no cabe ninguna acción fecunda, no es dado pensar en reconquistas de patrias

si no asumimos en nosotros esa doble llamada hacia lo alto de la santidad y la caballeridad. No hay otro camino ni programa».

El trazado de ese camino lo expresó con los versos en que Jorge Manrique hizo la semblanza de su padre con ocasión de su muerte.

Cierto es, explica a continuación Francisco José, que hoy, el caballero no va a ser tenido por la consideración en que fueron tenidos el Rey San Fernando y el Maestre de Santiago don Rodrigo Manrique. Por eso, con un ¡no importa!, invocó a Don Quijote con sonoras estrofas de Rubén Darío, y mostró, descrita en versos de Gabriel y Galán, la España dolorida, que tanto necesita hoy de caballeros y santos. ¡Qué bien recita Fernández de la Cigüeña!

Eran más de las doce pero los concurrentes no tenían prisa alguna en abandonar una reunión que a todos resultaba extraordinariamente grata.

Begoña García-Conde.

DISCURSO DE LEONOR VEGAS-LATAPIE

Queridos amigos y correligionarios:

Un año más nos reunimos para celebrar la fiesta de San Fernando, hoy más que nunca santo Patrón de la Ciudad Católica.

En efecto, nuestra labor se ha convertido en una verdadera reconquista de la Ciudad Católica, ya que desgraciadamente la actual ha dejado de serlo.

A la hora de llevar a cabo esta reconquista, que no es otra que recuperar y restablecer la civilización cristiana, la ciudad católica, debemos tener siempre presente lo que decía San Fernando:

"Tú, Señor, sabes que no busco mi gloria sino la tuya, y que no deseo tanto el aumento de mis reinos, cuanto el aumento de la fe católica y la religión cristiana." ¡Qué mejor modelo a imitar que el de este valiente y santo guerrero que fue San Fernando! Nos da un claro ejemplo de actuación por su catolicismo militante, su prudencia y su caridad y justicia. Le consideramos hoy más que nunca nuestro patrón, que uno de nuestros objetivos es reconquistar la unidad religiosa, pues como bien decía Aparisi i Guijarro: "La religión católica no ha sido solamente la luz y grandeza de España, es, en cierto modo, nuestra nacionalidad".

Respecto a la unidad religiosa, co-sustancial a la política española, quiero enlazar con lo dicho por don Marcelino Menéndez Pelayo en el Epílogo de los Heterodoxos: "España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perdese, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectores, o de los reyes de Taifas. A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de incesante y sistemática labor para producir artificialmente la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle. Por lo cual, para que nuestra patria